

¿Ha dicho P.K.?

Sí. He dicho P.K.

¿Les gusta mi gabardina P.K.?
En verdad me fué difícil elegir,
porque los modelos y colores de
las series P.K., son encantadores.
P.K. da calidad a la moda.

El también dice P.K.
cuando quiere una buena
gabardina.

Por su precio, digo P.K.



ALTO CONTROL DE CALIDAD



Terlenka

más calidad a su justo precio.

la industria siderúrgica en crisis

RECIENTEMENTE, publicábamos un artículo titulado «La industria siderúrgica en la encrucijada» (TRIUNFO, número 275), que ha sido objeto por parte de la prensa diaria de los más diversos comentarios. Nuestro punto de vista sobre la citada cuestión ha debido quedar suficientemente claro. La nacionalización —decíamos— no es una panacea, sino una exigencia más del neocapitalismo que en muchos casos, y en éste parece probado, evita una cuantiosa dilapidación de recursos económicos.

La gravedad del problema siderúrgico nacional ha vuelto a acentuarse en los últimos meses. A juzgar por diversas declaraciones, el sector siderúrgico sigue mostrándose incapaz para atender las cuantiosas necesidades del mercado interior. En 1966 hubieron de importarse un total de 2.225.000 toneladas, cantidad que puede aumentar considerablemente en los próximos años de no remediarse esta situación caracterizada por una impotencia manifiesta de las industrias siderúrgicas —salvo ENSIDESA— para cumplir los planes de producción que exige la expansión del consumo. Poco a poco las empresas se ven, a su vez, incapacitadas para atender a las demandas salariales que se producen como consecuencia de la baja de salarios reales, en un sector donde el nivel de responsabilidad sindical es con mucho el más elevado del país. A ello se ha unido la situación crítica que atraviesa la factoría de Sagunto (Altos Hornos, S. A.) que ha finalizado, temporalmente, con la jubilación de 712 trabajadores.

En realidad, la factoría de Sagunto está en crisis desde hace muchos años. Ni se han realizado las inversiones oportunas, ni la planta actual está en condiciones de afrontar las primeras sacudidas de la competencia. Su producción apenas supera las 50 toneladas/obrero/año, lo que resulta prácticamente irrisorio. Sin embargo, la factoría de Sagunto tuvo también su oportunidad. El 22 de abril de 1965 se firmó un Acta de Concerto con el Estado, comprometiéndose la empresa a alcanzar una producción de 500.000 toneladas en 1967, y un millón de toneladas en 1972. Pero la empresa —como ha ocurrido también en otras industrias del sector— no ha cumplido sus compromisos; su producción actual sigue oscilando en torno a 250.000 toneladas. ¿Por qué no se ha exigido su cumplimiento, que hubiese evitado la aparición de gran parte de los problemas que hoy afectan a la población laboral radicada en Sagunto? ¿Cuántas inversiones se han llevado a cabo en los últimos años? Según un interesante trabajo publicado por J. Carnicero en el diario «Madrid» (9-X-1967) sólo se han invertido 430 millones de pesetas de un total de nueve mil millones previstos hasta 1972 y que correspondían a esta factoría de acuerdo con su plan de reestructuración elaborado en 1964.

A la luz de estas experiencias poco nos queda por decir. La Acción Concertada surgió en su día como un sustituto de la nacionalización y con el fin exclusivo de evitarla; hoy se ha convertido en un fabuloso manantial de fondos crediticios que se distribuye entre empresas, que, por su vinculación a la Banca, deberían gozar de otros medios de financiación. Hasta la fecha sus ventajas no se han visto por ninguna parte y ni siquiera tiene en su haber la obtención de unos mínimos de producción a los que se habían comprometido las propias empresas.

Sin embargo, la previsión económica en la producción siderúrgica, base de un desarrollo económico múltiple y complejo, no sólo es un instrumento ajeno a las empresas, sino que también ha sido descuidada por los propios organismos oficiales encargados de su programación. En efecto: el texto del Plan de Desarrollo preveía que el consumo nacional de productos siderúrgicos ascendería en 1967 a 3.655 millones de toneladas; la realidad ha sido bien distinta y ya en 1966 el consumo nacional ascendió a 6.200 millones de toneladas. ¿Hasta qué punto puede hablarse de planificación en estas circunstancias? ¿Cómo son posibles tales diferencias en materia de previsión económica a muy corto plazo? ¿No se hubiesen evitado muchos desequilibrios de existir una planificación económica adecuada y con el suficiente control de las decisiones económicas?

La alternativa que se ofrece a esta desalentadora situación está perfectamente definida y ya la hemos señalado con anterioridad en otras ocasiones. No hace falta que volvamos a repetirla, pero nos resulta paradójico que en un momento en que el consumo de productos siderúrgicos aumenta aceleradamente —como muy bien nos recuerda la Memoria del Plan de Desarrollo—, los trabajadores de este sector se vean amenazados con relativa frecuencia por el desempleo laboral, cuando una simple adecuación de la producción a las necesidades de la demanda, la creación de los complejos siderúrgicos anunciados en tantas ocasiones y una mejor distribución de las inversiones podrían absorber una población activa mucho más numerosa.

ARTURO LOPEZ MUÑOZ